

**NOTA SOBRE MURCIA Y EL ARREBATO
MISIONAL EN EL SIGLO XVIII, DE ANTONIO
PEÑAFIEL RAMÓN¹**

- REVIEW ABOUT *MURCIA Y EL ARREBATO MISIONAL EN
EL SIGLO XVIII*, BY ANTONIO PEÑAFIEL RAMÓN-

Manuela Fernández Rodríguez²

Universidad Rey Juan Carlos

El profesor Antonio Peñafiel Ramón ha dedicado una parte de su nutrida producción académica al estudio de la realidad social murciana a lo largo del siglo XVIII. Así lo hizo en estudios como “Testamento y buena muerte. Un estudio de mentalidades en la Murcia del siglo XVIII” (1987) o en “Amos y esclavos en la Murcia del Setecientos” (1988). Especial atención ha prestado, en sus obras previas, al fenómeno religioso, como puede verse en “*Mentalidad y religiosidad popular murciana en la primera mitad del siglo XVIII*”. Se trata, por tanto, sin duda, de un experto en el tema que aborda en “Murcia y el arrebató misional en el siglo XVIII”.

En el trabajo comentado, se efectúa un riguroso análisis de un fenómeno no demasiado estudiado dentro de la sociedad española de la Edad Moderna, especialmente por lo que se refiere al siglo XVIII: la relación de las llamadas Santas Misiones para la predicación del Evangelio dentro del territorio peninsular de la Monarquía Hispánica. Este es un fenómeno relativamente poco estudiado en comparación con las misiones evangelizadoras realizadas en América.

¹ Murcia, 2013, 121 páginas, ISBN: 978-84-15463-87-0

² manuela.fernandez@urjc.es

El estudio del profesor Peñafiel pone de manifiesto la importancia que se concedía a estas misiones y su carácter de verdadero acontecimiento social, en el que los predicadores llegaban a reunir verdaderas multitudes; las cifras de asistencias que el autor facilita y documenta respecto a los sermones de fray Diego de Cádiz en 1787 causan verdadero asombro: 32.000 personas el 15 de abril, 28.000 el 19 de abril, 27.000 el día 21 de abril, 26.000 los días 17 de abril y 20 de abril, etc.

Todo ello pone de manifiesto la importancia que tenía el sermón dentro de la sociedad española, y el papel de máximo relieve que desempeñaban los predicadores, sacerdotes especialistas en dirigirse a las multitudes –o a personalidades de máxima relevancia, como es el caso de los predicadores de la Corte, cuyos sermones el rey y la nobleza escuchaban periódicamente-.

El trabajo del profesor Peñafiel se centra en la figura de uno de ellos: el antes mencionado fray Diego de Cádiz, un predicador que recorrió a pie la mayor parte de la península presentando sus sermones en numerosas ciudades y regiones. Este sacerdote destacaba por mostrar una visión aterradora y teatral de la religiosidad, muy en la línea de la mentalidad barroca, utilizando una elaborada puesta en escena con la cual atacaba despiadadamente las ideas ilustradas y las corrientes renovadoras que comenzaban a calar en la sociedad española de su tiempo, donde los cambios que se estaban manifestando en toda Europa comenzaban a tener su eco. Fray Diego encarnaba la visión más reaccionaria de la Iglesia española, mientras que otros religiosos, por el contrario, trataban de impulsar esos cambios y adaptar las estructuras religiosas a los nuevos tiempos.

Al igual que había ocurrido en los años más intensos de la Contrarreforma, el terror es una de las armas fundamentales esgrimidas por los predicadores en las misiones, y en ello fray Diego de Cádiz fue uno de los más activos. El terror a morir en pecado y, consecuentemente, sufrir una eternidad de castigos en las llamas del infierno era un poderoso arma a la hora de causar honda impresión en las personas que acudían a los sermones.

El libro del profesor Peñafiel analiza el fenómeno general de las misiones partiendo de un caso concreto, tanto en lo personal como en lo geográfico y lo cronológico: la misión de fray Diego de Cádiz en Murcia, iniciada en el año 1787, en las postrimerías del reinado de Carlos IV, el más ilustrado de los monarcas españoles. Este enfoque es de gran ayuda a la hora de ilustrar en lo concreto lo que de otra manera podría haber sido un análisis algo intangible. Los datos, fechas y cifras concretos que el autor facilita sobre la labor de fray Diego y su impacto en la sociedad murciana ayudan al lector al comprender la verdadera importancia que las misiones tenían en aquel tiempo, y el destacado papel jugado por los predicadores dentro de la Iglesia.

El libro aparece dividido en cinco capítulos rematados por unas breves conclusiones. La estructura que sigue avanza de lo general a lo concreto: comienza ofreciendo un panorama de las estructuras misionales en el tiempo y lugar elegidos, para posteriormente analizar el caso concreto de la misión de fray Diego de Cádiz. De la primera parte, llama la atención el estudio de las congregaciones y cofradías presentes en Murcia, en especial la Venerable Congregación del Pecado Mortal, una institución que fue llevada a Murcia por el poderoso cardenal Belluga y cuyas constituciones analiza en detalle el autor.

También merece mención especial dentro del trabajo el análisis realizado por el profesor Peñafiel, de acuerdo con la documentación de la época, del perfil y los métodos utilizados por los misioneros en el cumplimiento de su tarea. Se trataba de verdaderos especialistas, que, al tener como fin último lograr el mayor impacto posible en las masas, recurrían con harta frecuencia a recursos de corte teatral para realzar la puesta en escena de sus sermones. La iconografía utilizada era repetida y fácilmente identificada por los oyentes: Cruces, coronas de espinas, calaveras... Como era inevitable en unas prédicas dirigidas a verdaderas muchedumbres, los predicadores huían del lenguaje adornado y muchas veces retórico o metafórico de los sermones que se realizaban en la Corte o en las casas nobles, y utilizaban un lenguaje llano y simple, capaz de ser comprendido por las capas más bajas y menos formadas de la sociedad dieciochesca. Así, el trabajo del profesor Peñafiel pone de manifiesto que estas misiones tenían como único y verdadero objetivo

al pueblo llano, donde el misionero esperaba poder inflamar nuevamente las pasiones religiosas y hacer presente a la Iglesia y la religión en las vidas de los españoles.

Si alguna pega puede ponerse al trabajo del profesor Peñafiel, o algo se echa de menos, es la ausencia de un marco más amplio a la hora de encuadrar el trabajo, que permita comparar el verdadero alcance y naturaleza del aspecto analizado –las misiones en la Murcia del siglo XVIII- en el contexto general español, de tal forma que el lector pueda saber si el caso, excelentemente analizado en el trabajo, es una excepción o la regla general, si las multitudes congregadas por fray Diego constituían un éxito por encima de la media o, bien al contrario, era lo que cabía esperar en una misión de este tipo.

Por lo demás, no cabe duda de que se trata de un excelente trabajo, que ilustra con detalle y solidez un aspecto de la actividad de la Iglesia en la España del siglo XVIII al que no se le ha prestado excesiva atención, y el autor lo hace con claridad meridiana y engarzando los aspectos religiosos con los aspectos sociales. El uso de fuentes documentales, como las custodiadas en el Archivo Municipal de Murcia, otorga al trabajo una seriedad incuestionable y lo convierte en una obra de gran valor para el conocimiento del fenómeno religioso en esa España que se movía entre dos épocas y entre dos maneras de contemplar la religión, hasta el punto que los predicadores tan pronto eran aclamados por multitudes a lo largo de sus viajes misionales como eran acusados por las autoridades eclesiásticas de haberse excedido en su celo, como ocurrió con el padre Calatayud, otro de los religiosos cuyas prédicas examina el profesor Peñafiel, cuya labor fue duramente criticada después de que el motín de Esquilache trajera consigo un cambio de rumbo, acabando sus días el fraile desterrado a Navarra y el País Vasco.